

ciudad, una muger cubierta con un espeso velo, se ocultó detras de uno de los primeros árboles del camino, para no ser vista de los que lo atravesaban; pero de manera de poderlos ver ella.

—¡La has visto? dijo Edmundo en voz baja á Gustavo, señalando con los ojos un punto negro que se alejaba por la embocadura del camino.

—Sí, respondió Daumont con emoci6n: Nihette, ¿no es verdad?

—¿Qué demudada está!

—¡Pobre muchacha! murmuró Gustavo.

Y una lágrima desprendida del fondo de su corazon, corrió solitaria por sus megillas.



CAPITULO XII.

EPÍLOGO.

Si creéis que la poesía de la juventud dura hasta los últimos dias;

Si reposais aun bajo el árbol florido de nuestras ilusiones;

Si no quereis conocer mas que el lado venturoso de la vida;

Si negais la mezcla del bien y del mal, con la cual la naturaleza ha amasado el corazon humano;

Si nada os ha salido mal en este mundo; si el amigo que teníais hace diez años es todavía vuestro amigo; si la muger á quien amais, no os ha engañado; si viviendo todavía con ella nuestra alma ha conservado sus primeras y tiernas impresiones amorosas; si no teneis lágrimas que dar á lo pasado, limosna que ese gran mendigo quiere siempre que se le conceda;

Si creéis que cuando se ha casado uno con la muger á quien ama, cuando vive, es rico y goza de la salud, nada tiene que desear ni echar de ménos; cerrad este libro despues del último capítulo que acabais de leer; porque á vosotros, los que pensais así, nada tengo que deciros que podais creerme; porque me pesaria infinito turbar vuestra alma en sus creencias, y quiero dejaros, si teneis interes por el héroe de mi libro, con el placer de haberlo visto curado, dichoso, amado, á él, á quien ya la muerte habia señalado con su dedo.

Pero, si por el contrario, teneis ya esperiencia de las cosas terrestres, si sabeis que el corazón no puede alimentarse siempre de las mismas sensaciones, así como el estómago no puede recibir constantemente los mismos alimentos; si la tumba os ha arrebatado algunos de vuestros amigos; si la duda ha destruido algunas de vuestras ilusiones; si pasais sin emocion junto á aquella á quien ántes no mirábais sino temblando; si pronunciáis ahora con frialdad los nombres cuyas sílabas os hacian estremecer, hablemos juntos, porque podemos comprendernos, y diréis como yo despues de la última palabra de este libro:

“¡Es triste, pero verdadero!”

Ciertamente, Edmundo era dichoso, y cuando volvió á Paris, hubiera sido difícil hallar en la capital del mundo, un hombre mas contento

que él con su suerte. Acababa de ver á Nichette, de quien jamas habia vuelto á hablar á Gustavo, desde su casamiento, por temor de afligirlo, á quien siempre habia tenido esperanza de volverla á ver y estrecharla entre sus brazos, porque el reconocimiento era una de las principales virtudes de Edmundo. Habia hecho, pues, al pasar por Tours lo que debia; y con el corazón rico de esperanzas y exento de pesares, de remordimientos, era como entraba de nuevo al aposento donde Antonina se habia entregado á él por la primera vez.

Los recuerdos de amor lo habian acogido y se habian puesto á cantar cuando él habia abierto la puerta, como pájaros familiares cuya jaula se abre. Todos los objetos á quienes él habia abandonado casi con la entera certidumbre de no volverlos á ver, se sonreian. Experimentaba lo mismo que Gustavo habia sentido al entrar al aposento de Nichette, con la única diferencia de que no tenia como su amigo el sentimiento de causar un dolor á la muger á quien amaba, porque la muger á quien habia consagrado todos los sentimientos de su corazón, era aun, y seria siempre, la señora de su amor.

Casi es un sacrilegio ir, como nosotros vamos á hacerlo, á emboscarse detras de las adelfas en flor que circundan el camino de Edmundo, á fin de sorprender las menores acciones de su

vida y comentarlas en provecho de la helada é insensible realidad. ¿No valdria mas hacer como los cuentistas de antaño, detenernos en el casamiento y dejar al lector que suponga lo que le diere la gana, es decir, que los esposos se amaron siempre, como Filemon y Baucis, y que tuvieron una multitud de chicuelos como los pastores de Florian?

¿Pero seria verdadero y natural este desenlace tan sencillo? ¿Toda la vida es juventud; la Primavera es todo el año? ¿Deberá decirse perpetuamente á los hombres: Marchad sin temor; la vida es muy hermosa; en ella nada miente; nada engaña; nada cambia...? Si atravesáseis un camino, y de pronto fuérais asaltado en él por los ladrones, ¿no os quejaríais de que los que conocian el peligro, no os hubieran avisado?—Pues la novela es mas que un espejo; es una advertencia: debe reproducir la vida bajo sus dos faces, y enseñar los dos rostros de ese Janus moral á quien se llama el corazon humano. Si se hace de ella un antejo encantado que enseñe á los que miren por él hácia la naturaleza un dia falso, ó una naturaleza mentirosa, verde el Invierno como el Estío, luciendo el mismo sol en todas las estaciones, hará mucho mas mal todavía, que si sin ningun comentario, como lo hace, reproduce como un espejo todo lo que pasa delante de él. ¿Para qué servirá un guía, y la novela debe serlo, si

este guia no me previene los peligros, y no me anuncia que voy á caer en un precipicio, cuando en mi ignorancia creo poner el pié sobre una mata de flores ?

La felicidad de larga duracion ¿existé en la verosimilitud humana? De los doce meses que tiene el año ¿la naturaleza no permanece cuando ménos cuatro, desnuda de sus hojas, de sus galas, de su luz? ¿Qué pintor de costumbres, deseoso de ser verdadero, se ha atrevido jamas á presentar á un hombre constantemente dichoso? Ninguno. Todos se han doblegado ante esta necesidad fatal, que ha colocado la vida del hombre entre estos dos extremos: la esperanza y el pesar.

Tomemos los tres libros, que son por decirlo así, el tipo del corazon, de la juventud y del amor; *Pablo y Virginia*, *Werther*, y *Manon Lescaut*.

Ni Bernardino de Saint-Pierre, ni Goëthe, ni el abad Prévost, se han atrevido á hacer vivir al héroe de su libro, en las condiciones de felicidad en que lo habian colocado. Toda la poesía, todo el interes de sus libros viene casi precisamente de la muerte de aquel á quien el lector quisiera ver vivir.

Haced que Virginia viva y se case con Pablo; haced que Werther no se levante la tapa de los sesos, y se case con Carlota; haced que Manon no engañe mas á Des Grieux, y viva con él

como él quiere vivir con ella; y tendréis, os lo confieso, un momento de grande placer, viendo dichosos á esos tipos amados y simpáticos. Mas seguid con ojo atento esa felicidad, y ya veréis en qué llega á convertirse. . . .

Bien pronto percibiréis que es imposible, y que la muerte solo podia dar un tinte poético á aquellos amores juveniles, á aquellos sueños apasionados, á aquellas ilusiones encantadoras, que la vida, prolongándose, hubiera desgarrado con todas sus necesidades; hollado á cada paso!

Olvidad que los tres poetas han hecho morir á sus héroes; cerrad los ojos, é imaginad lo que hubieran llegado á ser un dia.

¿Veis á Pablo y Virginia, esos dos seres encantadores, frescos, jóvenes, castos, enamorados, poéticos? ¿los veis hacerse viejos? ¿veis hundirse sus megilas; encanecer sus cabellos; torcerse su espalda; caer sus dientes . . . ?

¿Veis á Werther y á Carlota arrugados, amarillentos, raquíuticos, andar temblorosos, cantando:

“Malboroug se fué á la guerra . . . ?”

¿Veis á Manon y á Des Grieux, esos dos símbolos del amor terrenal con toda su fogosidad, su delirio, su frenesí? ¿los veis á ámbos agobiados de enfermedades, motivadas por la vida sensual que han llevado, sentarse frente á frente en dos enormes sillones, tosiendo sin cesar, escupiendo . . . ?

¿Veis lo que la vida y la edad habrían hecho de esos seres seductores, perfumes visibles, rayos de luz animados, poesías vivas . . . ? Nada les quedará de su pasado; su alma estará usada; su cuerpo inconocible; su rostro repugnante. . . .

¡Id á pedir á esos viejos un eco de las palabras que pronunciaban en otro tiempo! ¡Tal vez están sordos! ¡Tal vez ya no se acuerdan de ellas ó se rien acaso de esas locuras!!!

Si se quiere dejar, pues, en la mente, el recuerdo de los tipos que se han creído, es preciso hacerlos volver jóvenes hácia Dios; es preciso que la impresion que se conserve de su rostro despues de su muerte, sea agradable á la vista y recuerde las épocas dichosas de la vida; es preciso que una sonrisa entreabra sus labios mudos; es preciso que su muerte tenga el aspecto de un sueño, y que las ilusiones, como ángeles de guarda, hayan venido á cubrir su frente con sus alas; preciso es tambien que esos seres hayan muerto sonriéndolas aun. . . .

Un poeta á quien amo con todo mi corazon ha dicho:

De los cielos un don omnipotente
Es morir de veinte años, no sintiendo
Marchitar las coronas que ciñendo
Otro tiempo estuvieron nuestra frente!

Y tenia razon.

El libro que hoy escribimos ha sido hecho sobre esos cuatro versos.

Sí, sin embargo, cuando os hayais identificado con vuestro personage, cuando lo hayais hecho jóven, hermoso, enamorado, amado, no teneis el valor para darle la muerte en medio de los encantos de que lo habeis rodeado; si quereis dejarle apurar hasta la última gota de la copa donde acaba de posar sus labios; si, dejándolo vivir, le concedéis todo lo que desea tener, y lo abandonais en este punto, sin decir lo que despues le sucede, haréis un libro precioso para las doncellitas de catorce á quince años; pero será una obra trunca, incompleta para los hombres serios. Oid el consejo del poeta:

En el fondo del vaso mas brillante
Siempre se encuentran del licor las heces,
No le apuremos nunca; las mas veces
Dejemos lo restante
Al destino enemigo, y con prudencia
Hagamos un esfuerzo, aunque costoso
La última gota del licor libando.

Si seguís constantemente á vuestro personage, será indispensable que tarde ó temprano llegueis al punto que no ha mucho os decia; porque ciertamente no podeis dar al hombre de cincuenta años el rostro y las sensaciones que dais al amante de veinte años.

Pues bien! yo he querido hacer este estudio con imparcialidad, si bien, no sin dolor. He dotado á Edmundo de todo el entusiasmo, toda la poesía, todas las ilusiones y todos los amores de la juventud; lo he herido tambien de una enfermedad, de la cual debia morir á los veinticinco años de su edad!

Cuando ha llegado el momento de morir, cuando su madre, su muger, su amigo, personificaciones de todos los amores que puede abrigar el hombre, lloraban junto á su cabecera, entre aquellas personas que han tenido la bondad de interesarse en el desenlace de este libro, y á quienes conozco, no he encontrado una sola que no me diga:

—No hagais morir á Edmundo.

¡Conque es decir que la vida es todo....!
Respirar libremente, andar, beber, comer, tener espedito el ejercicio de todas sus facultades; ¡he aquí el supremo bien....! ¡Y conceder todo esto al enfermo que lucha con las agonías de la muerte, es darle la felicidad, sobre todo, cuando como Edmundo, hallará á su alrededor, al abrir los ojos, una madre, una esposa, un amigo, la juventud, la riqueza, todas las condiciones en fin, de la felicidad humana...?

Pues sea así.

Edmundo ha vivido en mi libro, como vive en realidad, porque no me he tomado el trabajo de inventar esta historia; la he escrito, calcado

casi sobre los personajes que en su mayor parte viven todavía.

Dos años despues de los acontecimientos que acabo de referir, todos los personajes que han figurado en esta historia, excepto Nichette, se hallaban reunidos comiendo en el comedor de la casa de la señora de Péreux en Paris.

Un niño rubio y blanco como el lirio, de edad de trece ó catorce meses, estaba sentado entre Laurencia y Gustavo, con esa gravedad infantil que caracteriza á los niños.

Aquel dia era el segundo aniversario del casamiento de Antonina y Edmundo.

Este último, estaba casi inconocible.

En lugar del jöven pálido y débil que conocíais, figuráos un hombre mas visiblemente hermoso, por decirlo así, enriquecido con un vientre algo prominente, y una buena barba y bigotes.

El doctor Devaux se complacia en la vista de aquella transformacion que era su obra.

—¡Canario! hoy hace tres años que están vdes. casados, hijos míos, dijo el médico: ¡cuántas cosas han pasado de entónces á acá!

—¡Cuántas cosas dichasas! repitió la señora de Péreux, sonriendo á su hijo.

—¡Curacion completa! replicó el señor Devaux, esto apenas se vé una vez en ciento. . . . Vamos, ¡á la salud de Edmundo!

Cada uno de los convidados levantó el vaso rebosando vino de Champaña, en signo de adhesion al brándis, lo llevó á sus labios, y lo volvió á poner vacío sobre la mesa.

Edmundo apuró su vaso de un solo trago, como para confirmar lo que el doctor habia dicho.

El padre de Antonina lo comtempló con admiracion.

—¡Qué curacion! exclamó de nuevo. Hace tres años un vaso de vino de Champaña, bebido de esa manera, lo hubiera hecho á vd. desgarrar sangre al dia siguiente y le hubiera causado fiebre por ocho dias á lo ménos. Esta noche dormirá vd. como si hubiera bebido agua. ¡Qué hermosa mision es la medicina, ese poder de resucitar, que Dios ha puesto entre las manos de ciertos hombres! Yo nunca salvo á un enfermó sin experimentar una especie de satisfaccion cristiana. . . .

—Y á mí, me curará vd., doctor, preguntó la señora de Péreux; á mí, que dudo que Edmundo estaba enfermó? Padezco dolores de corazon, que me sofocan á veces.

—La medicina nada tiene que hacer con eso, respondió el médico. Un dolor moral fué el que puso á vd. enferma: á la felicidad es á la que toca curar á vd. ¡Es vd. dichasas?

—¿Cómo no podria serlo. . . . ?

Mientras que esta conversacion tenia lugar,